Literatura / Una mirada conciliadora

«Las casas aúllan en Israel por los palestinos caídos»

A. B. Yehoshua narra la historia de dos familias judías en 'El cantar del fuego'

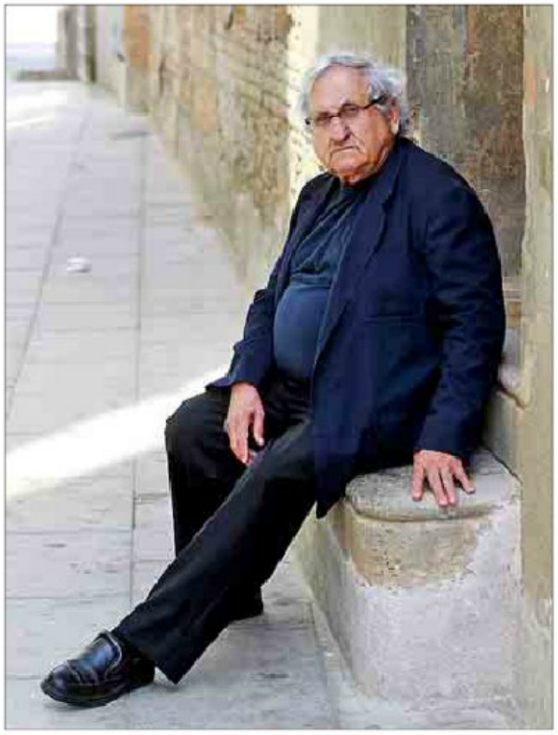
LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona

Abraham *Buli* Yehoshua es, junto a David Grossman y Amos Oz, uno de los intelectuales judíos más comprometidos con el proceso de paz en Oriente Próximo. Sus libros (novelas en su mayoría, aunque también libros de cuentos y obras de teatro) son auténticos *best-sellers* en el único Estado que «permite a un judío ser un auténtico judío», en sus palabras. «En el resto del mundo sólo juegan a ser judíos, porque van por libre, no son responsables los unos de los otros, en el sentido de comunidad», añade.

Convencido de que el escritor tiene «un deber social» porque puede «ayudar a comprender la realidad y fomentar la tolerancia», Yehousha trata de explicar al mundo cómo es «de verdad» vivir en el Estado de Israel. Eso es lo que hace en *El cantar del fuego* (Duomo Ediciones), su última novela.

Protagonizada por dos parejas de avanzada de edad, una de ellas «feliz», porque no ha perdido a ninguno de sus miembros, y otra «terriblemente desgraciada» porque perdió a un hijo «en vano», esto es, por culpa del fuego amigo (de un disparo de su propio ejército), que deben luchar por la vida (y contra la muerte) en dos escenarios contrapuestos, pero definitivamente convulsos: Israel y África.

> «Un escritor ayuda a comprender la realidad y fomenta la tolerancia», dice



El escritor A. B. Yehoshua, hace unas semanas en Barcelona. / DOMÈNEC UMBERT

Daniela, la esposa de Yaari, viaja a África para, en palabras de Yehoshua, «luchar contra la muerte y pasar, junto a su cuñado Jeremy (ex embajador israelí en el continente africano), el duelo por la muerte de su hermana. Lo que quería era mostrar cómo la tragedia de una familia puede afectar a otra hasta el punto de sumirla, durante un tiempo, en una especie de letargo», cuenta el escritor.

Por su parte, Yaari permanece en Tel Aviv, tratando de arreglar el aullido que los vecinos de un moderno edificio de reciente construcción oyen todas las noches. La culpa parecen tenerla los ascensores que él mismo diseñó, pero no tardará en descubrir que, como en el clásico de Samej Yizhar, *Un pueblo árabe*, el suyo no es el único edificio que aúlla. «En realidad, en el edificio en el que vivimos en Tel Aviv también se escucha una especie de silbido. En hebreo, la palabra que se utiliza para hablar del *viento* es la misma que se utiliza para *espíritu* (*ruah*), y juego con el doble sentido, porque los aullidos que provoca el viento son en realidad los de los espíritus de los palestinos que vivían ahí. Porque allí hubo otras casas una vez, casas del pueblo palestino.

En realidad, todos los edificios de Israel aúllan, son los espíritus de los palestinos caídos», cuenta Yehoshua.

Convencido de que la paz en Oriente Próximo «es cuestión de tiempo», y siendo aún más específico, «cuestión de poco tiempo, porque el marco ya está hecho, lo que pasa es que ahora es el Estado de Israel quien tiene la pelota en su tejado, quien interrumpió el proceso de paz y quien debe volver a ponerlo en marcha», Yehoshua da las gracias a la invención del teléfono móvil porque «evitó que me salieran más canas». «Los servicios militares obligatorios de mis hijos coincidieron con las dos Intifadas y no podía dormir hasta que no me llamaban. Y antes de los móviles no era nada fácil encontrar un teléfono para llamar a casa», cuenta.

Una vez acabado el instituto, todos los jóvenes deben hacer tres años de servicio militar obligatorio (de los 18 a los 21) y luego, lo más habitual, «es que viajen por todo el mundo» durante otros dos, para «desconectar». «Los judíos necesitamos desconectar de todo esto. Es demasiado», se dice.

En todo israelí, dice el escritor, que acaba de cumplir 75 años, «existe la necesidad de cortar con la realidad judía. Todos deseamos poder desconectar por un tiempo», añade. En ese sentido, Jeremy, el cuñado de Daniela, «representa el extremo de este deseo: se ha ido bien lejos, a África, y no quiere ni oír hablar de Israel».

El escritor, que viste de negro y habla de forma apresurada, dice que lo peor de vivir en Israel es «el miedo». De hecho, sus personajes viven con miedo todo el tiempo. Miedo a que uno de ellos no regrese por la noche a casa, miedo a que sus hijos dejen de llamar porque han recibido un disparo. «Supongo que uno no puede acostumbrarse a ser judío, porque naces así. En mi caso fue un proceso natural. Nací en Jerusalén, me crié con el idioma hebreo. No fue un *shock* descubrir a cierta edad que era judío porque lo había sido desde el principio», sentencia.

Letras / Novela

Iriarte mira a las heridas de la Guerra Civil

ÁNGEL VIVAS / Madrid

Lodosa, además de unas magníficas conservas, ostenta un par de marcas relacionadas con la Guerra Civil. Fue el pueblo navarro en el que se fusiló a más republicanos, con excepción, claro, de la capital. Y posiblemente fue el primero de toda España en que los cadáveres de aquellos asesinados en las cunetas fueron exhumados y enterrados dignamente –¡en 1979!– en una ceremonia con misa y ondear de banderas republicanas.

El emocionante y temprano ejemplo de reconciliación y memoria histórica lo trae a colación el periodista José Joaquín Iriarte, que acaba de publicar la novela *El árbol del paraíso* (Eunate).

Y es que en la novela, que recorre dos o tres décadas del siglo XX, la palabra reconciliación es clave. Iriarte ha respetado esa terna clásica que defendía Delibes: un paisaje (navarro, por supuesto), personajes y conflicto. A los que él añade el elemento del lenguaje. «He procurado», dice, «que los personajes hablen como se hablaba entonces. Ahora en los pueblos la lengua se ha estandarizado por culpa de la televisión. Han desaparecido giros, modismos, expresiones locales... Hoy la lengua es más uniforme, y más pobre también».

En cuanto a los conflictos son, al menos, dobles: amorosos y políticos; los segundos, marcados por el terrorismo de ETA. Iriarte recuerda que «en un solo año, el 78, cuando acaba la novela, ETA mató a casi tanta gente como en los 16 años precedentes».

Frente a esos terroristas, enamorados, como dice un personaje, de un mapa o un territorio, otros personajes se enamoran de personas. Pero la política es sólo un telón de fondo en *El árbol del paraíso*. «El poso de la novela es un canto a la amistad y al amor. El trasfondo histórico sólo es de erudición, aunque la objetividad sea inalcanzable».